

Carlos Di Prisco



Ya son varias las décadas de contacto estrecho con Luis Herrera. Diría más bien, décadas de amistad estrecha que se ha ido forjando y asentando con los años. Conocí a Luis en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central de Venezuela al poco tiempo de mi regreso a Caracas al terminar los estudios de doctorado. El se había incorporado a la Facultad como profesor poco tiempo antes.

Compartimos en varias oportunidades momentos muy gratos con amigos comunes, especialmente con Cristina Betz y Henryk Gzyl, y también momentos menos gratos afrontando juntos problemas internos de la Facultad. Siempre, en cualquier situación, el trato con Luis ha sido estimulante e inspirador; y me permitido apreciar su acertado criterio, su pensamiento siempre bien sustentado y su buen humor (con frecuencia ácido buen humor).

Luego de su matrimonio con Alicia, convertidos en cuñados, mantuvimos por largos años infaltables reuniones semanales en la playa, en Playa Grande. Durante las tardes, caminando a la orilla del mar con Alicia y María Cristina, pasábamos por lo menos una hora comentando los acontecimientos de la vida académica venezolana, intercambiando opiniones sobre trabajo, personas, instituciones, planes y proyectos. Con frecuencia entraba en la conversación algún chisme o alguna anécdota divertida, pero siempre fue un tema presente en la conversación la estupidez reinante en el mundo. Esas conversaciones continuaban más tarde, frente a la famosa cuba libre convertida en tradición, y hasta avanzada la noche, sobre temas de familia, sobre nuestros padres o nuestros hijos. No es de extrañar que esas reuniones hayan formado profundos lazos que reforzaron los de familia con amistad; y en mi caso, con admiración y respeto hacia Luis. Las circunstancias han hecho que esas reuniones sean ahora muy esporádicas, y rara vez a la orilla del mar.

Una cosa que siempre he compartido con Luis es el gusto por el mar, y en particular por la navegación y el buceo. No puedo dejar de contar la experiencia compartimos con nuestro amigo el físico Miguel Calvo, cuando al regresar del archipiélago Las Aves en la lancha de Miguel, luego de un fin de semana de buceo, tuvimos una avería que nos mantuvo a la deriva por largas horas, hasta que fuimos rescatados por una fragata de la marina venezolana que nos remolcó hasta el puerto de La Guaira. Ver aparecer esa fragata a altas horas de la madrugada al lado de la Sabandija -así se llamaba la lancha de Miguel- fue un espectáculo inolvidable. Al llegar a la Guaira cuándo pensábamos que estábamos salvados y que podríamos regresar tranquilos a casa, fuimos informados que estábamos detenidos en el puerto por las autoridades marítimas. Resulta que averiarse en alta mar, sin un motor de repuesto es una infracción. Por no hacer esto tan largo, sólo diré que en realidad lo que nos salvó fue, por un lado, poder resolver entre los tres náufragos una integral doble, y por otro, la oportuna intervención de la mamá de Miguel, doña Clara Rosa.